

Setenta millones, que consagrados á un banco agrícola, habrían vertido vida en el campo, contento y paz en el corazón de miserables labradores; setenta millones, que reunidos en una caja de socorros, hubieran libertado del hambre á infinitas familias, víctimas de la desesperación y de la miseria, familias que viven, aguardando la muerte en miserables bohordillas, donde no penetra un rayo de luz de los cielos; setenta millones, que puestos al servicio del bien, hubieran podido educar en la virtud á muchos desgraciados jóvenes, que faltos de todo apoyo, se arrastran en el vicio, y mueren abrazados á sus crímenes; setenta millones para proporcionar un placer que vive un día, quizá en el hastío, y desaparece al día siguiente en el olvido, mientras la virtud deja eternos resplandores en el alma.

Y cuando se considera que esos setenta millones habrán sido allegados del óbolo de la viuda; del grano de trigo que fecundó con el sudor de su rostro el campesino; del pedazo de pan que el trabajador se vió acaso forzado á arrancar de las manos á sus hijos; cuando se considera esto, sublévase el corazón y se asombra el entendimiento viendo que el representante de la ley española no consiente desahogo al dolor, libertad á las lágrimas.»

Cuanto llevamos dicho y cuanto acabamos de citar de inteligencias superiores, viene todo en apoyo de las doctrinas emitidas en el primer tomo de nuestra humilde producción.

El convencimiento íntimo de que los ejércitos son onerosos y perjudiciales á los pueblos libres, nos ha impelido á probarlo con sólidos argumentos y á demandar la abolición de las quintas, ese tributo de sangre, cuya injusticia raya hasta la iniquidad.

Los que ayer eran héroes, de hoy mas son calificados por la moderna civilización de bárbaros asesinos.

Si hasta ahora, para mengua de la sociedad, ha sido la gloria patrimonio exclusivo de los guerreros, si al lado del nombre de Alejandro quedaba en el olvido el del infortunado Esopo, si al nombrar á César nadie se acordaba de Arquímedes, si la fama del Cid ha oscurecido el renombre de cuantos españoles insignes han descollado en ciencias y artes, si la Gran Bretaña ostenta en mil sitios públicos la efigie de Wellington, así como la Francia ha erigido cien monumentos á Napoleón el Grande, sin que una sola estatua eternice el glorioso nombre de Milton, ni haya habido un recuerdo para el abate de L'Épée; si la miserable idolatría de los pueblos realistas ha convertido en dioses á los verdugos de la especie humana, y cada monumento artístico es una consagración del asesinato, un templo erigido al crimen, si es achaque de la cultura monárquica levantar ejércitos, organizar armadas, dar alas al genio de la guerra, arrebatar los hijos de los maternales brazos para lanzarlos á los de la muerte, arrancar brazos á las artes, al comercio, á la agricultura, impulsar los pueblos á monstruosas luchas, y llevar la devastación y el estrago por do quiera, dichosamente avanza el término de tan funestos males, de tan rancias preocupaciones, de tan viejas como estúpidas creencias.

Visitad los sitios de recreo que hermocean la capital de España, y por do quiera vereis colosales estatuas de los tiranos que han esclavizado en todos tiempos á esta nación digna de mejor suerte; mas no busqueis una sola memoria consagrada al talento.

Me engaño; un recuerdo, un solo recuerdo verdaderamente glorioso existe en uno de los sitios públicos de Madrid.

La magnífica estatua de bronce que de pocos años á esta parte campea enfrente del Congreso de los diputados, es el mas bello monumento de que puede blasonar el pueblo español.

La vista del pobre manco de Lepanto, la estatua del autor del Quijote, escita la admiracion y envidia de todo extranjero, y hace latir de noble orgullo á todo corazon amante de las glorias de su patria, al paso que todas esas fantasmas que pueblan la plaza de Oriente y el real sitio del Buen Retiro, solo traen á la memoria sombríos recuerdos de fanatismo y barbárie.

Las estatuas ecuestres de la misma plaza de Oriente y plaza Mayor, solo sirven para recordarnos aquellos versos que un poeta satírico escribió al pié de la de Luis XIV en la *Plaza Vendôme* de Paris:

Les vertus sont á pied;

Le vice est á cheval.

Esta estatua de Luis XIV fué reemplazada en 1806 por la *Colonne Vendôme*.

Erigióse esta columna de orden del mismo emperador en conmemoracion de las victorias del grande ejército en Alemania durante la campaña de 1805.

Es una imitacion de la columna del Trajano en Roma.

Tiene 45 metros de elevacion y un diametro de 4 metros.

El pedestal tiene 7 metros de altura con bellísimos bajo-relieves de bronce que representan las victorias de Napoleon.

El bronce empleado en este monumento pesa 180,000 kilogramos y pertenece á 1200 piezas de artillería, tomadas á los ejércitos ruso y austriaco.

Sobre esta inmensa columna, que no recuerda mas que devastacion y muerte, descuella la efigie de un asesino en vastísima escala, de *Napoleon el Grande*.

¡Aun hay quien la contemple con entusiasmo!

El triunfo de la democrácia acabará de arrebatar la venda á

los fanáticos, y todos esos obeliscos erigidos á la barbárie guerrera, escitarán tal vez admiracion como monumentos artísticos; y en tal caso, esos mónstruos á quienes la vieja sociedad apellida *héroes*, dejarán la misma impresion que la bella escultura de un tigre que despedaza á su presa.

Nada en efecto mas repugnante, nada mas criminal, nada mas horrible y sacrilego, nada mas contrario á los preceptos de Dios, que la demencia de pretender basar la prosperidad de los pueblos en la fuerza militar, en el derramamiento de la sangre humana, en luchas fratricidas, y consolidar el orden social por medio de la violencia, de las deportaciones, de la metralla, de los cadalsos.

Y esta es precisamente la escuela política de los que para mayor escarnio de la moral pública, osan en España apellidarse *moderados*.

Esta es la escuela de Narvaez, cuyos desafueros hemos descrito ya apoyados en los hechos que todo Madrid ha presenciado.

No creemos haber incurrido en equivocaciones al relatar la historia de los deportados á Ultramar, en que ciudadanos pacíficos y honrados de todas categorías, fueron confundidos con los mas soeces criminales; historia funesta que es por sí sola un padrón de descrédito y eterna infamia para el partido moderado.

Hemos reclamado con insistencia en nuestra obra la IGUALDAD ANTE LA LEY, porque vemos que desgraciadamente siguen impunes los criminales de la alta sociedad, mientras se persigue con inusitada actividad á la clase obrera que pide pan para sus hijos.

Los prelados que se rebelaron contra el gobierno al promulgarse la ley de desamortizacion, siguen pacíficamente disfrutando en sus fastuosos palacios, los goces que les proporcionan sus riquezas.

La insolencia de sus pastorales, insolencia mal avenida con la

mansedumbre que el Evangelio predica, y de la cual deben dar ejemplo los ministros del altar, insolencia rebelde por escitadora á la desobediencia al gobierno legítimo, ha sido respetada ó mirada al menos con indiferencia, en tanto que á la suplicante y humilde voz de los pobres é inocentes jornaleros, ha seguido el rigor del gobierno, las prisiones y los destierros á Ultramar.

Veamos si estaban en su derecho los peticionarios de la clase obrera de Cataluña.

Oigamos su modesto lenguaje, lleno de sumision y respeto á las autoridades, y de acendrado amor al duque de la Victoria:

LAMENTOS DE LA CLASE OBRERA DE CATALUÑA.

«Es un triste privilegio que continuamente se vea obligada la clase mas desvalida y menos considerada de la sociedad á dirigirse á sus conciudadanos y á la nacion en general, para sincerarse por ocurrencias en las que, si desgraciadamente ha debido tomar alguna parte, tiene á lo menos la satisfaccion de poder decir, muy alto, que no salió de sus filas la provocacion.

Y á pesar de que hechos recientes habrian podido convencer al público de que los amos son, y no los operarios, los que mas decididamente se han empeñado en provocar un conflicto social, con la idea sin duda de derrocar un gobierno que les fué impuesto por consecuencia de una revolucion, con todo, hay personas que como otros genios maléficos, se han empeñado en sostener lo contrario, presentando á la sufrida clase jornalera como la causante de todos los disturbios que ocasiona el arreglo del trabajo que es la cuestion capital.

Muévela á la clase jornalera á espresarse en esta conformidad

la relacion continuada en cierto periódico de esta del dia 22 de los corrientes en el que, con una ligereza que sorprende, se daba noticia al público de haber tenido lugar muy graves desórdenes en la villa de Badalona á consecuencia de los disturbios que en ella habian vuelto á repetirse por los operarios de la misma, quienes amenazaban, se decia, de tal manera á los amos, que veian espuestas sus vidas.

Y los operarios de la villa de Badalona, no habian provocado, ni causado desorden ni disturbio alguno, ni nadie por lo mismo podrá sostenerles con verdad que peligrara la vida de ningun amo.

La cuestion entre amos y trabajadores de la villa de Badalona, que tanto ha ocupado al público de esta capital, y que ha llegado á hacer aplaudir por periódicos que blasonan de liberales, providencias con las que se impone pena de la vida en esta época en que se trata de desterrarla de todos los códigos penales, contra del que directa ó indirectamente se propase á coartar la voluntad de otro para que abra sus fábricas, ó que concurra á trabajar en ellas, fué provocada exclusivamente por los amos, á pesar de que se haya lanzado el anatema contra los operarios, rebajándoles hasta el punto de eliminarlos de las filas de la Milicia nacional.

Una sencilla relacion del hecho convencerá de esta verdad al público y á las autoridades liberales representantes del gobierno del duque de la Victoria á quienes nos dirigimos, y con las cuales queremos vivir en completa armonía para privar á nuestros verdugos de la bárbara satisfaccion de ver reproducido el aciago año de 1843.

En la villa de Badalona hacia ya algun tiempo que gran número de amos tenian cerrados sus establecimientos bajo el pretexto de calma (cuando faltan brazos para atender todos los pedidos) sien-



do el verdadero motivo la exigencia que hacian á los operarios de querer precisar á los tejedores que trabajasen las piezas de sesenta canas, ó sean ciento veinte varas, en lugar de las cien que se habia convenido amistosamente; y como para las veinte varas de exceso que se les queria hacer trabajar, las cuales aproximadamente valdrian al trabajador ocho reales semanales, no querian pagar los amos retribucion alguna, resistian, como era natural, los trabajadores tan injusta exigencia, y por esta causa eran muchísimos en Badalona que, faltos de trabajo, hubieran perecido de hambre, á no recibir el auxilio filantrópico de sus hermanos asociados.

Así las cosas, llegó desdichadamente el dia 21 de los corrientes en que algunos amos, mas considerados, (quienes hasta entonces habian pagado las piezas con arreglo á una tarifa acordada tranquilamente entre ellos y sus trabajadores,) cediendo á las amenazas ó reconvenciones de los otros fabricantes que tenian cerrados ya sus establecimientos, amenazaron con cerrar tambien los suyos, si los operarios no cedian á las exigencias del aumento de veinte varas, que hacia algun tiempo venian resistiendo á los amos mas tiranos.

Y como para ser consecuentes no quisieron los tejedores otorgar á unos lo que á otros negaron; y como no veian motivo alguno plausible para ceder en lucro de sus amos unos trabajos que habian menester para su sustento y el de sus familias, se retiraron pacíficamente de los talleres, y pacíficamente permanecian en la villa de Badalona, sin insultar á nadie, sin causar desorden ni trastorno alguno, y sí únicamente aguardando que la autoridad superior, haciéndose cargo del conflicto provocado por los amos, dictára una providencia enérgica que pusiera á los trabajadores á resguardo de nuevas exigencias encaminadas todas á exasperarles,

para hacerles divorciar del gobierno liberal presidido por el héroe de Luchana, que no quieren los mas de los amos, y por el contrario están empeñados los operarios en sostener hasta derramar la última gota de sangre que por sus venas circule.

Tales y no otras habian sido las ocurrencias de la villa de Badalona cuando se presentó el gobernador militar delegado del excelentísimo señor capitán general del Principado, quien justificaria á S. E. al regreso de su comision que no habia habido desman alguno por parte de los operarios, sino que únicamente la codicia, la malvada codicia, habia sido causa de la paralización de trabajos que provocó la ida de S. E. á aquella poblacion.

La fuerza moral de la autoridad militar, que disponia en aquellos momentos de la material, pudo poner coto á las cuestiones de amos y trabajadores, fijando en cincuenta y cinco canas ó sean ciento diez varas las que estos debian trabajar, en lugar de las ciento veinte que aquellos les exigian.

¿Y sabe S. E., sabe el público, sabe la nacion en general, qué salario queda al infeliz jornalero para alimentarse á sí y á su familia trabajando ahora esas ciento diez varas que se le han impuesto?

DIEZ PESETAS SEMANALES ganará el tejedor que tenga manos y fuerzas para fabricarlas, que no son todos: es decir, lo preciso, nada mas que lo preciso para satisfacer sus mas perentorias necesidades. Nada le queda para vestirse; para poner casa; para auxiliarse en las semanas que no trabaje ó en alguna enfermedad.

Para estas tristes circunstancias la puerta de un piadoso que se le abra para alargarle una limosna, ó un rincon de un caritativo hospital han de ser el único consuelo del tejedor!

¿Y será este el reverso de la medalla del amo, á pesar de los lamentos de sus continuas pérdidas?

No queremos entrar en comparaciones...

Pero hay mudos y ruidosos establecimientos-palacios, y atropelladores y lujosos carruajes que darán por nosotros la mas concluyente contestacion...

Por el mismo estilo que ha sido provocada la cuestion de Badalona, en la que el mismo señor gobernador reconoció que no estaban de parte de los amos la razon ni la justicia, surgen todas las demás que se suscitan en las poblaciones industriales del Principado. En todas luchan la codicia con la demanda de pan; nada de política; nada de carlismo, ni nada de teocratismo por parte de los jornaleros.

Por la de los amos no pueden existir otras ideas que las de volvernos á los dichosos tiempos, para ellos, de los últimos diez años de despotismo y dictadura, (en que eran castigados con pena de muerte el uso ó retencion de un palo cuyo grueso escediera de la circunferencia de un real de vellon,) porque en tan felices tiempos, la ley era su voluntad, y la justicia su capricho.

Pero afortunadamente acabaron para la clase jornalera, que tanto contribuyó á extinguirlos, porque únicamente puede y quiere vivir respirando la mas estricta justicia y la mas completa libertad.

Libertad y justicia para todos desea la clase trabajadora.

Ahora bien; ¿puesta la mano sobre un corazon honrado, pueden con justicia ni los mas encarnizados enemigos de la clase obrera suponerla amiga de desórdenes, de trastornos, ni juguete de teócratas ni de polacos, ni instrumento de enemigos encarnizados de la libertad y del gobierno del invicto duque de la Victoria que es su ídolo?

¿Puede con justicia decirse que la clase obrera haya dado pretesto para que, tal vez con el mas santo fin, se hayan lanzado con-

tra de ella decretos de terror, como los que con sentimiento hemos leído, porque eran remedos de otras épocas y de otras circunstancias?

¿Nada dice en favor de la clase obrera la disposicion reciente del Excmo. Sr. capitán general interino, que se ha visto en la necesidad de ordenar que dos fabricantes, cuyos nombres por conmiseracion no repetimos, pagasen dos mil reales de multa para distribuirlos á los operarios incapacitados para el trabajo por padecimientos sufridos en la HONRADA ocupacion de sus particulares oficios, y abonasen á los mismos operarios que hicieron detener falsamente acusados, (y á quienes la rectitud de S. E. privó de una muerte segura á tenor del bando de 21 de los corrientes) los jornales que ordinariamente habrian podido ganar si hubiesen estado ocupados en sus respectivos oficios?

La antigua pena del calumniador merecian tan indignos amos; pero la clase jornalera que está tan poco acostumbrada á obtener justicia, está satisfecha con la que alcanzó del Excmo. Sr. capitán general, por mas que sean distintas, estraordinariamente distintas, las consecuencias que han sufrido los amos por su falsa delacion, de las que habrian soportado los trabajadores si el hecho de que se les acusaba hubiese sido una verdad.

Aquí terminaria esta manifestacion la clase obrera, porque creeria haber convencido á sus conciudadanos, y á las autoridades todas, de la inocencia de sus pasos, pero una vez que se le ha precisado á dejar la lanzadera para hacer trabajar la invencion de Guttemberg, dirá (no obstante las estraordinarias circunstancias y disposiciones vigentes) á donde se encaminan sus pasos para desengaño de los malvados y satisfaccion de la gente de bien, amante como ella misma de las libertades patrias.

El fin principal de toda la clase obrera y jornalera, sin distincion de oficios, fin para cuyo logro está decidida á hacer toda clase de sacrificios... es la ASOCIACION.... La *asociacion* que considerada en sí misma es santa; y el derecho de asociarse para todos los fines racionales de la vida, comprenderán el gobierno y las autoridades, que marchen por la senda trazada por el hijo del pueblo don Baldomero Espartero, que no puede negarse al hombre sin desconocer y tiranizar su naturaleza.

Si el hombre tiene el honor de vivir y desenvolverse con arreglo á los fines que le han sido impuestos por su Criador, y si no puede caminar hácia ellos y alcanzarlo sino en el seno de la asociacion, por medio de los esfuerzos de los individuos reunidos, no puede ponerse en duda que el derecho de la asociacion para todos los fines racionales de la vida, es un derecho sagrado, tan sagrado como el derecho de libertad con el cual marcha siempre en armonía; y por enemigo de la libertad, llegará un día, que será tenido el que lo sea del santo y sagrado derecho de la asociacion.

Invitamos á nuestros amigos y enemigos, y sobre todo á las autoridades que nos hayan de juzgar, que se convenzan de la verdad de nuestros principios, sino por nuestras ideas, por las intachables esplanadas por los ministros liberales Lujan, Madoz y Santa Cruz, y por los diputados de las Constituyentes Sanchez Silva y Figuerola, enemigos los dos del sistema proteccionista, en la célebre sesion de 19 de mayo último, la que para ninguna otra cosa mas, que para apoyar el derecho de asociacion, quiere en estos momentos la clase obrera recordar.

Perdona los arranques oratorios, para causar efecto, de sus naturales enemigos, y hasta de los hijos del pais catalan esencialmente industrial, pero que le regeneraron levantando en la ciudad

Condal, emporio de la industria, un estandarte libre-cambista, en gracia de una cátedra legada por un ministerio polaco.

Obtenido el fin principal, otro guia á la clase jornalera, y está tan enlazado con aquel, que es imposible que exista el uno sin el otro.

De la sacrosanta libertad quiere hablar la clase obrera; de ese principio que es su elemento, que es su vida, conforme ha dado recientes pruebas en la sublevacion carlo-clerical que acaba de ser sofocada, habiendo contemplado imperturbable, como otras gerarquias que mas mimadas fueron que ella, abandonaban las banderas del que les acarició, para clavar el puñal asesino en las entrañas liberales de su patria.

Millares de individuos de la clase trabajadora estaban sin pan para satisfacer su hambre, mientras que muchos clérigos y algunos militares de alta graduacion, traidores á la reina constitucional, se lo hubieran ofrecido y dado con generosidad en sus campamentos, si hubiesen proclamado la rebelion, y con ella á Carlos VI.

Pero decidnos, acusadores de la clase obrera, ¿cuál ha sido su comportamiento? ¿cuántos individuos de su seno han acudido á engrosar el pendon rebelde?

Ninguno en Cataluña.

No seria así si el hombre popular, si el custodio de nuestras libertades, si nuestro bien querido é idolatrado duque de la Victoria necesitara de nuestros esfuerzos.

Un llamamiento suyo haria levantar en Cataluña doscientos mil trabajadores, cuyas voces atronarian los cielos gritando viva Espartero, y gustosos pelearian y moririan á su lado por la causa de la libertad de la que es ÉL el mas autorizado representante.

¿Producirán consecuencias fatales para la clase obrera, y muy

particularmente para los firmantes las verdades y sentimientos que dejamos manifestados en este escrito? Bien pudiera suceder...

Pero de todos modos, escrito está que en un pueblo libre deben ser libres la lengua y el pensamiento, y de este privilegio hace uso la clase trabajadora, por medio de sus comisionados, con la presente lamentacion.

Barcelona 26 de junio de 1855. = Los comisionados de toda la clase obrera de Cataluña. = Pablo Barba. = Juan Rovira. = Pedro Francesch. = José Camprubí. = Pablo Folch. = Pedro Puigventós. = Gerónimo Alsina.»

¿Qué contraste entre la humildad de los desvalidos peticionarios y el grito de rebelion de los señores obispos en sus incendiarias protestas!

¿Y se ha desplegado contra los primeros un rigor inusitado, al paso que se ha dejado poco menos que impune la rebelde altanería de los segundos!

¿Y qué! ¿pide acaso la clase obrera de Cataluña algo que no le haya concedido Dios?

¿Pide algo que sea contrario á los principios de eterna justicia?

Demanda trabajo decentemente remunerado y asociacion.

¿Quién se atreverá á negar que es una de las primeras y mas sagradas obligaciones de todo gobierno ilustrado, proporcionar trabajo á los pobres obreros, y procurar que este trabajo reciba una debida recompensa?

¿Quién se atreverá á negar el derecho de asociacion?

¿Qué seria del pobre desvalido, entregado á sus débiles fuerzas sin el auxilio de sus conciudadanos?

¿Qué seria del rico aislado entre sus tesoros?

La asociacion es el alma de la prosperidad de los pueblos.

A ella debe el mundo las maravillas del arte, á ella debe los adelantamientos de las ciencias, y si es en general un principio fecundo en inagotables bienes, su aplicacion á la clase obrera es de absoluta necesidad.

El jornalero menesteroso, hállese de continuo espuesto á la carencia de trabajo, y en este apuro, por desgracia sobrado frecuente, ó ha de lanzarse á la carrera del crimen, y acaso consentir la prostitucion de sus hijas para no morir de miseria, ó ha de caer postrado en dolorosas enfermedades que prolongan su agonía.

Arrebatad á los hombres del trabajo, que son los hombres mas útiles á la sociedad, y por este concepto mas dignos de la paternal proteccion del gobierno, arrebatadles, repetimos, el derecho de asociacion, y habreis cortado las alas al ángel custodio que con ellas les cobija.

¿Y habrá quien ose calumniar nuestras intenciones suponiendo que tratamos de enardecer ódios y desencadenar pasiones de mala índole entre pobres y ricos?

Semejante proceder seria un absurdo.

¿Quién no conoce la santidad del derecho de asociacion?

¿Hay en el Evangelio una sola doctrina que no vaya encaminada á la fraternidad que debe reinar entre los hombres?

¿Y cómo ha de haber fraternidad si les prohibís el derecho de asociarse?

Semejante prohibicion solo puede interesar á los sectarios de la tiranía; á los vampiros de la sangre del pobre; á los explotadores de la humanidad desvalida.

El gobierno que aspire á labrar la dicha y merecer el amor de

sus gobernados, de ninguna manera colocarse debe al lado de esa turba de la escuela doctrinaria, que trata de enaltecerse cerrando los oídos á los lamentos de la indigencia y ahogar con el estallido de los cañones las súplicas del pobre obrero, cuya penosa existencia se desliza entre las dolorosísimas privaciones del presente y la acerba incertidumbre del porvenir.

¿Querrá confundirse la conducta de un gobierno hijo de la gloriosa revolución de julio, con la de los gobiernos prevaricadores que le precedieron?

No podemos creerlo de modo alguno.

Esperamos que las Cortes Constituyentes harán justicia á las clases menesterosas, concediéndoles ese derecho de asociacion que con tanta razon demandan.

La negacion de este incuestionable derecho, seria renegar de los principios liberales y de progreso que el heroico pueblo hizo triunfar, derramando su sangre en las barricadas de Madrid.

Con respecto á la parte fabulosa de nuestro libro, hemos procurado enlazar la accion dramática, basada en los infortunios de María, con la historia de estos últimos años, sin desvirtuar ni alterar en lo mas mínimo los sucesos políticos ni su orden cronológico.

Hemos indicado ya las desgracias que suele acarrear á las madres el imprudente y exagerado mimo con que vician los tiernos corazones de sus hijos, y les impelen sin saberlo hácia la senda del libertinage.

Esta fragilidad en que la simpática María tambien incurrió á pesar de su talento, habia de producirle escenas desgarradoras, mayormente siendo su hijo Enrique sobrado precoz en violentas

pasiones, como verá el lector, cuando en el segundo tomo fije su vista sobre las tristes escenas de un amor violento, de un amor correspondido, pero sin esperanza de gozarlo.

Un inconveniente insuperable se opone á la felicidad de dos amantes. La gratitud y el honor les obliga á ahogar una pasion vehemente que se agiganta con el invencible obstáculo que se le presenta. Dos jóvenes, casi niños, que se aman con todo el fuego del primer amor, que juran amarse eternamente, son víctimas de una ruin venganza, que atiza en sus tiernos y apasionados corazones una lucha terrible.

El interés de la parte novelesca de nuestro libro, empieza ahora á recibir impulso.

El furor de los celos, el estímulo de la gratitud, la poderosa voz del deber, tienen su parte activa en esta lucha cruel, gérmen de escenas sentimentales de un interés inmenso.

¿Sabremos nosotros describirlas?

Mucho desconfiamos de nuestras débiles fuerzas.

Y si á estas interesantes evoluciones de la fábula añadimos los graves sucesos políticos que hemos de relatar, ateniéndonos siempre estrictamente á la verdad histórica, sin despojarla de un solo incidente notable, ni desvirtuarla en lo mas mínimo, no deberá extrañarse la desconfianza con que vamos á emprender el segundo y último tomo de la presente historia.

Renunciariamos á tan árdua tarea, si la indulgencia con que el público acoge siempre nuestras humildes producciones no inspirase aliento á nuestro corazon y á nuestra mente para dar cima á la obra comenzada.

Si los infortunados amores de Enrique nos obligan á la descripción de algunos cuadros laceradores, si nos vemos en la pre-